

Para ahogar la libertad,
 tropas de Francia ha llamado,
 cien mil de todas las armas
 el Pirineo han cruzado;
 hijos de San Luis les dicen,
 yo en eso, ni entro, ni salgo,
 sólo sé que los patriotas
 van a salirles al paso.
 Otra vez don Juan Martín
 ha montado en su caballo;
 pero los tiempos son otros,
 España se ha desgarrado.
 Contra Juan Martín pelea
 el cura de Villoviado,
 quien fue terror de los franceses,
 con ellos va de la mano.
 Por la santa libertad
 Juan Martín se ha declarado,
 don Jerónimo Merino
 lucha en el bando contratio;
 así los hombres de España
 sus vidas están quemando.
 Españoles que me oís:
 si tenéis corazón sano,
 considerad el destino
 del valiente Empecinado.

(Sale el Ciego. Se oscurece la escena y se levanta el telón que sirvió de fondo al romance. Al volver la luz, la decoración representará un paisaje agreste de la tierra de Burgos. Pinos y rocas. Al fondo, en un claro, el tosco cobertizo donde tiene su puesto de mando Juan Martín el Empecinado. Estamos en 1823, y el antiguo guerrillero, ahora general del ejército, trata de oponerse al avance de los Cien mil hijos de San Luis. Frente a él está el cura Merino, que ayuda a las tropas francesas en su marcha hacia el sur de España.

Es de día. Primavera. En escena, Juan Martín y Julio. En el aspecto y los modos de Juan Martín son bien perceptibles los doce años transcurridos desde la estampa anterior. Todo en él denota la madurez, y la vida en el nivel social propio de su mando ha afinado algo sus maneras y su expresión. Queda intacto, sin embargo, el temple del viejo guerrillero. Vestirá uniforme de general del ejército de Fernando VII. Julio es hermano menor del Diego Baeza fusilado en la estampa anterior y se parece a él como una gota de agua a otra. Es capitán del ejército y ayudante de Juan Martín.

Sin alterar el desarrollo de la acción, cruzarán de cuando en cuando la escena o se estacionarán en ella, según las indicaciones del director, algunos soldados y guerrilleros. El Abanto y los tres guerrilleros del Tuerto que aparecieron antes pueden servir para ello.)

Escena I

Juan Martín, Julio y El Abanto

(Juan Martín, sentado bajo el cobertizo. Julio, en pie, hace lo que le ordenan.)

Juan Martín *(mirando su reloj)*.—Ya deberían estar aquí. Baeza, asómate a ese repecho, y dime si les ves subir por la ladera.

Julio.—Voy, mi general.

(Sale Julio de la escena. Durante unos segundos queda Juan Martín solo. Se le ve preocupado y pensativo. Vuelve Julio.)

Juan Martín.—¿Qué?

Julio.—A los que esperamos, no se les ve. En cambio, se está acercando un hombre solo, a caballo. Parece que viene sin armas.

Juan Martín.—Que le den el alto y me lo traigan.

Julio.—A sus órdenes. *(Sale.)*

(De nuevo queda solo y silencioso Juan Martín, hasta el regreso de Julio. Pasa el Abanto delante de Juan Martín.)

Juan Martín.—Perra vida, ¿verdad, Abanto?

Abanto.—Con *usté*, no, don Juan Martín. Hasta un dolor que tenía en tal parte *(se señala la espalda)* se me ha *quitao* desde que he vuelto a la partida.

Juan Martín.—Los aires de la libertad son sanos. *(Breve pausa.)* Al menos, por aquí. En Madrid, no tanto.

Abanto.—En cuanto salgamos de ésta, don Juan Martín, a Madrid.

Juan Martín *(con cierta preocupación)*.—Sí. En cuanto salgamos de ésta.

(Vuelve Julio.)

Julio.—Cumplida la orden. Ahí lo traen.

Juan Martín.—Veamos quién es el paseante.

(Acompañado por un soldado, entra Sardina.)

Escena II

Juan Martín, Sardina y Julio

Juan Martín *(levantándose, saliendo al encuentro de Sardina y abrazándole)*.—¡Vicente!

Sardina.—¡Juan Martín! *(Apartándose un poco y mirándole.)* ¡Todo un señor general en jefe!

Juan Martín.—Me faltabas tú.

Sardina.—Más de una vez he pensado en buscarte. *(Breve pausa.)* Bien sabes que estoy por la Constitución y la libertad.

Juan Martín.—Entonces, ¿por qué no me has acompañado en mi campaña contra el cura Merino?

Sardina.—Porque era una pelea entre españoles. *(Breve pausa.)* Y porque tampoco España ha sido un paraíso desde que hace tres años se levantó Riego. Las cosas, como son.

Juan Martín.—Con hombres como ese cura de Villoviado y los que le apoyan, ¿crees

tú que es posible la libertad? ¿Sabes que él, el mismo que hace doce años quemaba vivos a los franceses, es ahora un lacayo del duque de Angulema?

Sardina.—El saberlo es lo que me ha decidido a buscarte. ¡Otra vez tropas francesas en España! Esto no lo aguanta Vicente Sardina. ¿Cuántos son?

Juan Martín.—Muchos. Cien mil, dicen. Pero no es esto lo malo. Lo malo es que han venido porque les han llamado de Madrid.

Sardina.—¿Quién ha sido?

Juan Martín.—¿Quién va a ser? Fernando.

(Un breve silencio.)

Sardina.—¿Siguen contigo los viejos amigos?

Juan Martín.—Unos sí, y otros, no.

Sardina *(mirando en torno a sí)*.—Ahí veo al Abanto. ¿Y el Crudo?

Juan Martín.—Tan leal como siempre. Pronto vendrá.

Sardina.—¿Y el cura Mingarro?

Juan Martín.—Nos salió servil. Anda ahora por las tierras bajas de Burgos. Hace unas semanas predicaba desde el púlpito que había que acabar con los negros —con nosotros, Vicente— hasta la cuarta generación. *(Breve pausa.)* Así andamos.

Sardina.—Así somos, diría yo. *(Breve pausa.)* ¿Y... Olalla?

Juan Martín *(con cierta gravedad)*.—Desde que la guerra acabó, se la ha tragado la tierra.

Sardina.—¿La... despediste?

Juan Martín.—No. Desapareció cuando entramos en Madrid. Pocos días después me mandó una carta con unas palabras que sólo yo podía entender. *(Recordando.)* Como si las estuviera viendo las recuerdo. «Adiós, Juan Martín. Ya sabes que soy la paz imposible».

Sardina *(pensativo)*.—La paz imposible... Mucho qué pensar de la sentencia. Se diría que esa mujer está hablando de nuestro pueblo.

Juan Martín *(con energía)*.—En nuestro pueblo será posible la paz cuando acogotemos a los serviles que la oprimen y le enseñemos a usar con hombría y honradez la libertad.

Sardina.—Dios te oiga, Juan Martín.

(Un breve silencio. Julio, que durante la conversación anterior habrá estado apartado, se hace visible.)

Juan Martín.—Uno nuevo hay. *(Señalando a Julio.)* Mírale.

Sardina.—¿Nuevo? ¿Dónde he visto yo esta cara?

Juan Martín.—Esta, en ninguna parte. La que tú has visto era otra muy parecida. *(A Julio.)* Acércate, Baeza. *(Este se acerca.)* Vicente, te presento a mi ayudante, el capitán Julio Baeza. Baeza, éste es don Vicente Sardina, el mejor de los que me acompañaron en mi partida, desde que salí de Castrillo.

(Sardina y Julio se saludan.)

Sardina.—¿Entonces... usted...?

Julio *(comprendiendo)*.—Sí, soy hermano del capitán Diego Baeza; aquél que usted.. tuvo delante una tarde de hace doce años.

Sardina (*a Juan Martín*).—¿Lo sabe, entonces?

Julio.—Por eso estoy aquí.

Juan Martín (*a Sardina*).—Lo sabe, y por eso quise yo que fuese mi ayudante. (*Breve pausa.*) El estaba en Francia, y volvió cuando Riego nos devolvió la Constitución. (*Otra pausa.*) Mira, Sardina, no entenderá nuestro país el que no entienda este intríngulis: los afrancesados están conmigo, y el cura Merino está con los gabachos; los del duque de Angulema.

Julio.—Yo sé que el Empecinado es hoy el mejor soldado de la libertad, y eso me basta.

Sardina (*a Julio*).—Quiero decirle, capitán Baeza, que su hermano murió como un valiente.

Julio.—Lo sabía.

Juan Martín (*recordando gravemente*).—¿Recuerdas aquella tarde, Vicente? «La España que yo quiero no morirá conmigo»... Bien: lo que hice, hecho está. Aquél era entonces mi deber. Pero a veces pienso que esa España se parece bastante a la que ahora queremos nosotros; una España con más libertad y menos pobres... (*Breve pausa.*) No nos perdamos en los recuerdos. Baeza, mira otra vez si vienen los que esperamos.

Julio.—A sus órdenes.

(*Sale Julio.*)

Escena III

Juan Martín y Sardina

Juan Martín.—¿Sabes a quién espero?

Sardina.—No será al duque de Angulema.

Juan Martín.—Casi, casi. (*Breve pausa.*) Espero al cura Merino.

Sardina (*con pasmo*).—¿Es posible?

Juan Martín.—Dentro de poco estará aquí, si ha querido cumplir su palabra.

Sardina.—¿Su palabra? ¿De qué?

Juan Martín.—De venir.

Sardina.—Camino de esta Sierra, he visto en una alcaldía la carta que tú hiciste poner. ¿Cómo decía? (*Recordando.*) «Carta de don Juan Martín el Empecinado al cura Merino, con motivo de la horrenda crueldad que ha usado con los soldados de Cataluña». ¿Después de esa carta ¿tú crees que vendrá?

Juan Martín.—El Crudo le ha llevado mi deseo de conversar con él, y la palabra del Empecinado de ponerle otra vez sano y salvo donde él quiera.

(*Un breve silencio.*)

Sardina.—¿Qué te propones, Juan Martín?

Juan Martín.—Llegar con él a un convenio. Quiero saber si verdaderamente está a las órdenes del duque de Angulema, o si todavía vive en él la sangre del enemigo de los franceses. Y en este caso...

Sardina.—¿Qué?